

Turismo bajo sirenas de alerta

Crimea, “ciudad Potemkin” a la inversa

por Christophe Trontin*

En un intento de garantizar el cese el fuego en Ucrania, Estados Unidos podría reconocer Crimea como territorio ruso. Un paso que ni siquiera China, próxima a Moscú, ha dado. Una decisión así reforzaría el singular optimismo que reina en la península. Tentada a unirse a Rusia ya en la década de 1990, su población sigue aplaudiendo el “regreso a la patria” a pesar de la guerra.

Al norte, los combates continúan. Pero en este aniversario, Antonina (1) rememora, con voz temblorosa, el referéndum del 16 de marzo del 2014. “Íbamos como a una fiesta, había banderas tricolor en todas las ventanas, la gente estaba bien vestida. Después de votar, tomamos un café en la ciudad. La gente se juntaba espontáneamente en la calle para cambiar sus impresiones y celebrar.” Organizado a toda prisa, en presencia de soldados sin insignias, el resultado del escrutinio traducía una aspiración mayoritaria. Con una participación superior al 80%, más del 96% de los crimeos votaron a favor de la integración con Rusia. Si para Kiev, esta “reunificación” abre una herida mal cicatrizada, para la mayoría de los habitantes la está cerrando.

Desde el 2014, se estima en más de cien mil la cantidad de ciudadanos de la Federación Rusa que se instalaron aquí, principalmente provenientes de Moscú, de San Petersburgo o de la región vecina de Krasnodar. Además, esta afluencia no sólo eleva a aproximadamente 2,5 millones a la población total –contra 2,3 millones en el 2014 (2)–, sino que aumenta la proporción de rusófonos del 65% en el 2013 al 73%. Al mismo tiempo, la proporción de crimeos que se declaran étnicamente ucranianos cayó del 16% al 8%. Una parte ha dejado la península, la otra optó por la obtención de la ciudadanía rusa (necesaria para acceder a la atención u obtener una jubilación). Tras la adopción de un procedimiento “simplificado” de naturalización en el 2022, a partir de entonces, las personas que no han efectuado esta gestión son considerados extranjeros, pudiendo ser expulsados. Pese a que el ucraniano continúa siendo una de las tres lenguas oficiales de la república (con el ruso y el tártaro), la enseñanza en esa lengua prácticamente desapareció.

La vida se organiza alrededor de una nueva realidad a medida que la economía local se desarrolla. “Crimea renace de sus cenizas. Durante veinticinco años, ella fue la última rueda del carro ucraniano; hoy, está en el centro de las prioridades de Rusia”, considera Alexei, un moscovita que pasa una semana de vacaciones aquí cada año. La prioridad sigue siendo el turismo. Desde el tiempo de los zares, vienen de lejos –incluso a veces desde el extranjero– para disfrutar de este lugar de tratamiento para curar la tuberculosis y

las afecciones respiratorias. Las grandes familias del imperio ruso han construido aquí sus palacios y residencias de invierno. La “Riviera comunista” recibía a los jefes de los partidos comunistas del mundo entero en tiempos de la URSS. En agosto de 1991, el dirigente soviético Mijaíl Gorbachov fue sometido a arresto domiciliario en su dacha de Foros, en el extremo de la península, durante la tentativa golpista que precipitó el fin del bloque soviético. Luego Crimea se convirtió en una suerte de Ibiza postsoviética. En el verano, las playas de Anapa y de Eupatoria organizan campings salvajes, fiestas electrónicas, conciertos y festivales.

El milagro ruso de la península

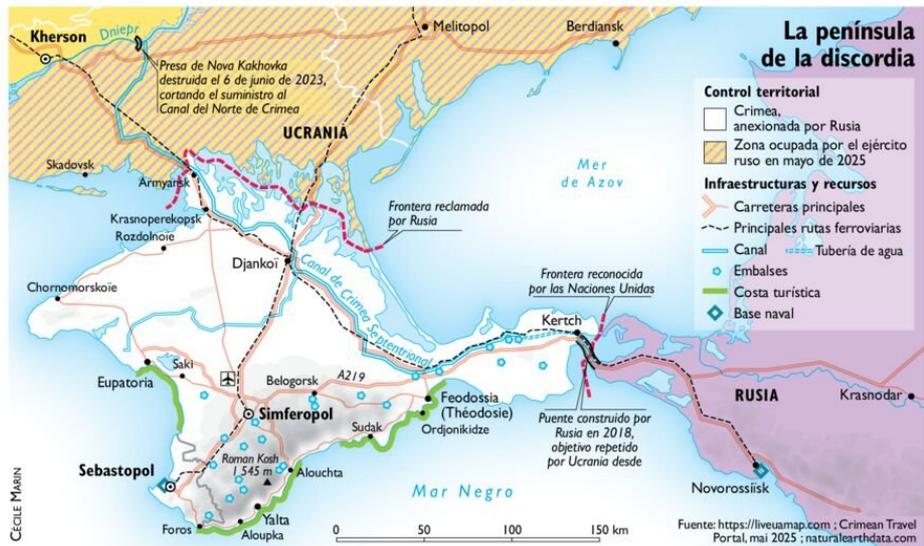
Decenas de hoteles de cuatro y cinco estrellas han surgido en los principales centros urbanos en un intento por atraer a los rusos desprovistos de vuelos directos hacia Europa. La televisión y los periódicos rusos repasan con complacencia los logros de los últimos diez años bajo el impulso del nuevo gobierno central de Moscú. Está el puente de Kerch, a la vez ferroviario y de carretera, que serpentea a lo largo de dieciocho kilómetros para atravesar el estrecho del mismo nombre y unir la península a través de una autopista completamente nueva a Krasnodar y luego a Moscú. Está la A219, denominada “Tauride” (del nombre que los antiguos griegos le daban a la isla este de Crimea), que une Kerch con Simferopol y con Sebastopol. También están las dos nuevas centrales térmicas, con una potencia combinada de 940 megavatios, que entraron en servicio en el 2019, sin hablar de las escuelas o de los hospitales recientemente renovados o construidos de cero.

Pero cuando uno se aleja de los proyectos que aparecen en los titulares de los medios, se puede medir el camino que falta recorrer. Las largas rutas secundarias llenas de baches, los kilómetros de antiguos terrenos industriales entremezclados con talleres abandonados y sirviendo de zona de juego a perros y gatos callejeros. Vertederos ilegales o escombros de todo ti-

po contaminan los grandiosos paisajes de montañas y estepas, el mar turquesa... Los mismos habitantes no parecen darse cuenta, demasiado ocupados en preparar la temporada turística: 6,6 millones de visitantes en el 2024. Está lejos de los 9,5 millones registrados oficialmente en el 2021, antes de la reanudación de los combates a gran escala. Sin embargo, esas estadísticas sombrías no socavan el optimismo reinante.

Natacha, que llegó en el 2020 de Smolensk, al oeste de Rusia, tiene uno cuarenta años y mantiene un salón de té en el centro de Ordjonikidze, pequeña ciudad balnearia de la costa oriental de la península, que ofrece toda suerte de “productos regionales” –de una zona local o de más lejos: vinos, miel, té exóticos, recuerdos y hasta algunas acuarelas–. Nos explica que los recién llegados, entre los que forma parte, han aportado “un espíritu menos indolente, una forma de civilización”. “Desde la reunificación, todo el mundo está feliz acá. Nosotros, los del continente, somos reivindicativos: los cortes de agua, de electricidad nos escandalizan. Llamamos a los servicios municipales, a vialidad, no los dejamos en paz hasta que no arreglan las cosas. En su tienda, un cliente, restaurador y crimeo de origen se entrega a una divertida autocrítica: “Sí, es verdad, nosotros estamos acostumbrados a todo eso. Tenemos un generador de reserva para el restaurante en verano. Cuando se corta el agua, recurrimos a la cisterna de agua de lluvia”.

El abastecimiento de agua es un problema recurrente en esta región rocosa. En la época soviética, la península era alimentada por el canal del norte, construido entre 1961 y 1971, que la conectaba con el Dniéper. Su bloqueo, por parte de Ucrania en represalia por la anexión de Crimea, redujo cinco veces la cantidad disponible de agua potable. Desde entonces se implementaron estaciones de bombeo de gran profundidad y la capacidad de desalinización del agua de mar ha aumentado. Pero aún faltan unos mil millones de metros cúbicos de agua potable por año para cubrir las necesidades reales de Crimea...



Cerca de la guerra

En cualquier momento, los combates que se desarrollan a poca distancia llaman la atención de los habitantes. Los celulares vibran: una notificación anuncia un “alerta de dron” y aconseja permanecer en casa y alejarse de las ventanas. El mensaje se difunde por toda Crimea y la región de Krasnodar. A causa de la reiterada frecuencia y de su imprecisión, la mayoría ha desactivado este tipo de alertas. La vida continúa su curso a pesar de los ataques regulares del ejército ucraniano. “En Año Nuevo, la refinería fue alcanzada por un dron kamikaze, cuenta Sergei. ¡Qué espectáculo de fuegos artificiales! Al final, sólo se quemaron dos tanques, y la refinería retomó sus actividades a los pocos días”. El puerto de Sebastopol, por el contrario, se vació de la mayor parte de sus buques militares: la eficacia de los drones navales ucranianos obligó al estado mayor ruso a transferir una gran parte de la flota del Mar Negro que estaba estacionada allí hacia puertos más al este, como los de Novorossiisk o Feodosia.

Todos quieren creer que esta guerra llegará a su fin para aprovechar la temporada de verano porque, con su clima y sus paisajes únicos, Crimea está volviendo a su vocación histórica de espacio de turismo y de ocio. “La administración del aeropuerto de Simferopol tenía como trofeo que los pasajeros no tuvieran ningún deseo de partir”, escribía Vassili Axionov en una novela de ficción política en... 1979 (3). ¿El autor soviético anticipaba el nuevo aeropuerto de la capital de Crimea, pensado en forma de ola futurista? Inaugurado en el 2018, fue cerrado al tráfico desde el 2022, a causa de una “operación militar especial”.

1. Las personas entrevistadas solicitaron el anonimato, sus nombres fueron cambiados.
2. Krymstat (estadística pública de Crimea, 2014); censo de la población en la Región (okrug) Federal de Crimea organizado en octubre del 2014 por las autoridades rusas.
3. Vassili Axionov, *La isla de Crimea*, Gallimard, París, 1982.

*Periodista.
Traducción: María Eugenia Villalonga